

Arte y autoconocimiento. Proyecto educativo

(Art and self-knowledge. Educational project)

ZUAZO AQUESOLO, Iñaki
Univ. del País Vasco (UPV/EHU). Fac. de Bellas Artes. Barrio de Sarriena, s/n. 48940 Leioa
inaki.zuazo@ehu.es

El arte está relacionado con la conciencia del artista. Después del arte subjetivo moderno es posible seguir profundizando en la conciencia hasta alcanzar su núcleo, que constituye la esencia común de todos. Un proyecto de educación artística que tome en consideración la totalidad de la conciencia, al orientarse hacia el autoconocimiento, hace frente a la problemática social desde parámetros nuevos.

Palabras Clave: Conciencia. Arte. Transformación. Identidad. Comunidad. Ética. Estética.

Artea artistaren kontzientziarekin lotuta dago. Arte subjektibo modernoaren ostean, posible da kontzientzian sakontzen jarraitzea, muineraino iritsi arte. Eta muin hori guztien oinarri komuna da. Autoezagutzara zuzenduta dauden eta kontzientzia osoa kontuan hartzen duten hezkuntza artistiko proiektuek parametro berrietatik egiten diete aurre gizartearen arazoei.

Giltza-Hitzak: Kontzientzia. Artea. Eraldaketa. Nortasuna. Komunitatea. Etika. Estetika.

L'art est mis en rapport avec la conscience de l'artiste. Après l'art subjectif moderne, il est possible de continuer à approfondir dans la conscience jusqu'à aboutir à son noyau, qui constitue l'essence commune à tous. Un projet d'éducation artistique qui devrait prendre en considération la totalité de la conscience en s'orientant vers la connaissance de soi, fait face à la problématique sociale en se basant sur de nouveaux paramètres.

Mots Clés: Conscience. Art. Transformation. Identité. Communauté. Éthique. Esthétique.

Ante las crisis de todo tipo que vivimos en la actualidad y que pueden interpretarse como síntomas de una única crisis que afecta al fundamento mismo de nuestra civilización, la educación debe asumir la responsabilidad de ofrecer respuestas que hagan posible un mundo mejor. Para ello se hace imprescindible introducir en todo proyecto educativo algo nuevo que sea capaz de poner en cuestión el modo de ver que tenemos asumido irreflexivamente como válido, algo no contemplado hasta ahora que soporte e impulse una nueva comprensión de la realidad.

Esto representaría un cambio verdaderamente significativo en la educación puesto que el espacio público, como territorio de relaciones y, por tanto, político, resultará modificado cuando el ser humano aprenda a mirar, no según lo previsto, es decir, traduciendo lo percibido según los habituales moldes interpretativos, sino de una manera más depurada y profunda, ya que, como señala Vimala Thakar, “si la percepción no es clara, la respuesta no puede ser adecuada. La claridad de la percepción, su exactitud y precisión, es la base de la respuesta implícita en el acto de relación”¹.

Pero para lograr una percepción limpia que haga posible que las personas sean más plenamente humanas, viviendo en armonía con los demás y con el entorno, deberemos de confrontarnos previamente con el sistema de ideas o creencias que configuran el marco referencial que, como paradigma, determina nuestros modos de ver, pensar y obrar.

Las convicciones más arraigadas en la actualidad son las que se derivan de la visión del mundo que se sustenta en el paradigma cartesiano-newtoniano que surge en el siglo XVII y que se ha ido constituyendo progresivamente en la retórica de la verdad dominante. Según este modo de ver basado en la separación epistemológica entre sujeto conocedor y una realidad objetiva independiente, las cosas se perciben en función de nuestros intereses, es decir, en base al valor que tienen en relación con nuestras necesidades. Este modo de entendernos con la realidad, que parte siempre del sujeto individual y que conlleva una predisposición al dominio y la explotación respecto a la naturaleza y los demás seres humanos, es la causa principal de los problemas actuales, los cuales, como afirma Fritjof Capra, no pueden comprenderse de modo aislado porque “son diferentes aspectos de una misma crisis, que es esencialmente una crisis de percepción”².

Se necesita, por tanto, una renovación de la mirada, una visión más completa de nosotros mismos y del mundo, que prevalezca sobre la manera fragmentaria, mecanicista y utilitarista de relacionarnos con la realidad.

Y a esta necesidad responde el arte. A través de lo que le es más propio –la imaginación y la creatividad–, el arte se rebela contra nuestro modo ordinario de reconocimiento de la realidad, contra las convenciones preestablecidas, para adentrarse en lo desconocido desde lo conocido. Su función es despejar las ilusiones, cambiar nuestra percepción de las cosas y mirar el mundo con ojos nuevos. Si nuestra mirada fuese limpia no habría lugar para el arte, así lo entendía Henri Bergson cuando en su libro titulado *La risa* escribía lo siguiente:

1. THAKAR, Vimala. *El silencio del espacio interior*, 1ª ed., Buenos Aires: Editorial Hastinapura, 1987; 117 p.
2. CAPRA, Fritjof. *El punto crucial*, 1ª ed., Buenos Aires: Editorial Estaciones, 1992; 18 p.

Creo que si la realidad viniese a herir directamente nuestros sentidos y nuestra conciencia, si pudiésemos entrar en comunicación inmediata con las cosas y con nosotros mismos, el arte sería nulo, o más bien todos seríamos artistas, porque nuestra alma vibraría entonces continuamente al unísono con la Naturaleza³.

El arte clarifica nuestra visión de las cosas porque, al deshacer las convicciones preexistentes que son asumidas sin ningún cuestionamiento, convirtiéndose de esta manera en el modo común y ‘natural’ de ver que guía nuestras vidas, nos permite descubrir eso que, como núcleo esencial del ser humano, hace posible la renovación de nuestra mirada.

Para atisbar desde el arte ese fundamento que se ha descuidado hasta ahora en la educación y que necesitamos imperiosamente recuperar para comprender y comprendernos de otra manera, deberemos examinar el propio arte y, por tanto, la evolución de las manifestaciones artísticas, desde la óptica del artista, es decir, en relación con su conciencia.

El arte, a contracorriente de la tendencia habitual que sólo acredita la realidad material, sigue un proceso de alejamiento y abandono de esa realidad aparente para buscar lo profundo. Este proceso, al que se le puede denominar como ‘deshumanizador’ o ‘desrealizador’⁴ es reflejo de la actitud de ensimismamiento del artista, quien, anhelando una verdad esencial, profundiza cada vez más en sí mismo al desplazar el foco de la atención desde el nivel más externo de la conciencia hacia los niveles más internos.

Si observamos la evolución del arte desde el Renacimiento hasta la época de las vanguardias, podemos comprobar cómo dicha evolución depende de estos desplazamientos en la conciencia o la atención que efectúa el artista. Así lo constata Ortega y Gasset en *La deshumanización del arte*:

Primero se pintan cosas; luego, sensaciones; por último ideas. Esto quiere decir que la atención del artista ha comenzado fijándose en la realidad externa; luego, en lo subjetivo; por último, en lo intrasubjetivo⁵.

Si el arte de orientación clásica es aquel que se produce cuando el artista pone su atención en el mundo sensible y lo representa de forma mimética, el arte subjetivo o moderno que le sucede, desarrollado por los movimientos artísticos de vanguardia, tiene lugar cuando el artista deja de enfocar al mundo para, en su lugar, observarse a sí mismo y, de este modo, poder expresar su propia subjetividad. Este segundo arte, que rompe con la tendencia imitativa clásica y, por tanto, con los códigos realistas de representación, es reflejo del paso de un modo de pensamiento clásico a otro mo-

3. BERGSON, Henri. *La risa*, 1ª ed., Barcelona: Orbis, 1983; 103 p.

4. Utilizamos el término ‘deshumanizador’ en el sentido propuesto por Ortega, como negación o despojamiento de la tendencia tan humana de mantenernos en nuestras interpretaciones más arraigadas de la realidad. El término ‘desrealizador’, entendido en el sentido de sustracción o alejamiento de la realidad material sensible, procede de Enrique Pajón en *Ser y pensar*, Madrid, Fundamentos, 1995. Ambos términos y otros, como ‘descubridor’ o ‘desalienador’, que denotan la intención de revelar lo que está oculto y desprenderse de la alienación para dirigirse a la liberación, respectivamente, definen el proceso del arte como estética negativa.

5. ORTEGA Y GASSET, José. *La deshumanización del arte*, 10ª ed., Madrid: Alianza, 1996; 203 p.

derno que impulsa al artista a buscar algo más profundo que la belleza de las cosas, su meta será alcanzar lo más esencial, lo sublime.

Ese anhelo de lo esencial, llevado al límite, hará que el arte moderno, incapaz de presentar lo impresentable por medio de las obras de arte, encuentre su propia disolución en los años 70. A medida que la obra de arte se acerca a lo más esencial, a la verdad trascendente e intemporal del Espíritu o Ser, va ganando también rango inmaterial. En esa pugna entre lo espiritual y lo material, entre lo sublime que es inaprensible y la materia como soporte de las obras de arte, éstas van desrealizándose, deshaciéndose, hasta alcanzar una especie de grado cero. Con el minimalismo –del cual fue pionero Oteiza– y la corriente conceptual, el arte, desprovisto ya de todo contenido subjetivo, llegó a un límite más allá del cual no era posible avanzar. El arte estaba casi anulado como presencia.

Consideramos que a esta situación terminal del arte –un hecho especialísimo en el ámbito de la cultura occidental–, no se le ha dado la trascendencia que tenía y sigue teniendo, aunque sin duda está determinando el desarrollo del arte posterior, es decir, del arte contemporáneo. Estimamos de suma importancia dar a conocer el significado de ese límite porque la exploración de lo que encierra, su comprensión profunda, nos puede ofrecer pautas de sentido fundamentales para la actualidad.

Es preciso, por tanto, volver a prestar atención a ese límite que representa el grado cero del arte, rescatar ese momento que representó el final de las vanguardias, porque es entonces cuando al artista se le presenta una encrucijada que le obliga a elegir entre continuar haciendo arte en base a los niveles de conciencia contemplados hasta entonces –el nivel objetivo exterior y el nivel subjetivo mental de la conciencia–, sin traspasar por tanto esa frontera, o, por el contrario, pasar al otro lado y dar continuidad al proceso de profundización en la conciencia para, de este modo, acceder a su nivel esencial o central.

La conciencia del artista, como la conciencia de todo ser humano, no puede quedar reducida al conjunto de los fenómenos externos e internos observados, disponibles para su representación por medio del arte. Más allá de esta visión fragmentaria y limitada de la conciencia, una visión integral de la misma, tal y como lo plantea Ken Wilber⁶, tiene que considerar ineludiblemente, además de los contenidos observados, aquello que de ordinario no advertimos: el núcleo de la conciencia o conciencia en sí, que es el observador de dichos contenidos.

Por eso, una vez que el minimalismo y el arte conceptual llevaron el arte moderno hasta su conclusión, el artista radical, el artista que no desiste en la búsqueda de lo esencial, puede efectuar otro desplazamiento más allá de lo subjetivo que tome como objeto de atención la propia atención o conciencia en sí, que es el núcleo de la conciencia o Ser esencial. Este nuevo desplazamiento supone dar continuidad al proceso desrealizador, pero no con los elementos materiales del mundo –tal como lo hacía el arte de tradición clásica y el arte moderno–, sino consigo mismo. El propio artista, aplicando sobre sí mismo la creatividad que antes aplicaba a las obras de arte, se irá desprendiendo de aquello que oculta su dimensión trascendente.

6. WILBER, Ken. *Los tres ojos del conocimiento. La búsqueda de un nuevo paradigma*, 1ª ed., Barcelona: Kairós, 1991.

Es entonces, como conclusión del proceso desrealizador que lleva a cabo, cuando el artista deshace su propia individualidad, se libera de la conciencia fragmentaria y dualista y deviene uno con el Ser⁷. Ahora, desde la unidad de la conciencia, el artista subsana su modo de ver, limpia las ‘puertas de la percepción’ y percibe la realidad de un modo totalmente nuevo. Cuando se accede a vacuidad divina del Ser todo cambia de significado, todo queda divinizado; y la vida, que ahora se percibe brotando en cada instante desde el Ser no manifestado, como una emanación siempre renovada, se hace arte. Desde ese ámbito transpersonal y transmental que se encuentra en lo más profundo de sí mismo y que no cuenta con la espacialidad ni con la temporalidad del mundo de lo real, el artista puede celebrar la existencia y contemplar la vida como la más excelsa obra de arte.

Cada una de las dos opciones que se le presentan al artista que se encuentra ante el límite, continuar en lo subjetivo o trascenderlo, posibilita, por tanto, un modo de arte diferente: el modo autónomo, separado de la vida, propio del arte posmoderno o contemporáneo; y el modo soberano⁸, que integra el arte con el contexto cotidiano de la praxis vital.

El arte posmoderno, que abandona todo anhelo esencialista y no va más allá de los niveles de conciencia conocidos, es un arte autónomo, un arte que como, declara Peter Bürguer, no puede evitar permanecer separado de la praxis vital:

Todo arte posterior a los movimientos históricos de vanguardia en la sociedad burguesa ha de ajustarse a este hecho: puede darse por satisfecho con sus *status* de autonomía, o puede emprender iniciativas que acaben con ese *status*, pero lo que ya no puede –sin renunciar a la pretensión de verdad del arte– es negar sencillamente el *status* de autonomía y creer en la posibilidad de un efecto inmediato⁹.

En cambio, el arte soberano fusiona el arte con la vida; desde la dimensión esencial la totalidad de la existencia asume un estatus artístico, todo es arte. Como indica Jorge Oteiza, “todo lo que vemos o percibimos (aun sin la intervención del artista y aun en contra suya) se nos revela como co-existencia estética”¹⁰.

Si la concepción autónoma del arte necesita del objeto-arte y reclama soportes materiales que lo hagan perceptible, la concepción soberana, por el contrario, no tiene necesidad de recurrir a la materia para hacer arte, no es, por tanto, un arte que se plasme en objetos perceptibles, por esta razón, al no depender de soporte material alguno, no es visible para los demás. Acceder al arte soberano depende exclusivamente de la actitud del que se reconoce en el Ser y lleva a cabo la vivencia estético-

7. En esta meta convergen el proceso desrealizador del arte, la teología negativa del cristianismo y la vía del desapego (*neti-neti*) del budismo y del hinduismo vedanta. Alcanzar una nueva mirada es el objetivo del arte y también de todas las grandes tradiciones de sabiduría orientales y occidentales que, por reflejar una misma verdad intemporal, se engloban dentro de lo que se denomina como “filosofía perenne”.

8. El arte soberano adviene al ser humano cuando éste, al reintegrar aquello que le ha sido arrebatado, recupera su soberanía, que es concebida, en el sentido propuesto por Nietzsche, como voluntad de poder que rebasa los límites de la subjetividad en dirección a lo inefable. Esta acepción es desarrollada por Georges Bataille en *Lo que entiendo por soberanía* (Barcelona, Paidós, 1996).

9. BÜRGER, Peter. *Teoría de la vanguardia*, 1ª ed. Barcelona: Península, 1987; 114 p.

10. OTEIZA, Jorge. *Quousque tandem...!*, 4ª ed., San Sebastián: Hordago, 1983; Índice epilogal: Todo es arte.

mística de la realidad; una actitud madura, comprometida y seria, consecuente con uno de los principales motores vitales del arte como es la constante superación de sus propios límites, puesto que, como observa Susan Sontang, la seriedad no consiste en perpetuarse en el arte, tomándolo como un fin, la actitud verdaderamente seria es “aquella que interpreta el arte como un ‘medio’ para lograr algo que quizá sólo se puede alcanzar cuando se abandona el arte”¹¹.

Ese límite al que se llegó en la década de los 70, abriendo el debate sobre la muerte del arte¹², nos indica la imposibilidad del objeto-arte y, por tanto, de la materia, de las formas y de lenguaje para acceder a lo más esencial. Oteiza, representante paradigmático del artista de vanguardia, era consciente de estas limitaciones que le impedían alcanzar el Ser esencial que tanto anhelaba y por esa razón abandonó la escultura. La obra de arte no es más que un símbolo pero no la realidad a la que apunta ese símbolo, es el dedo que apunta a lo Abierto pero no lo Abierto.

Aquello a lo que alude el símbolo siempre desborda al propio símbolo. Por ello, para acceder al ámbito sublime del Espíritu se debe continuar más allá de toda forma, imagen o concepto, que siempre son inferiores a lo que aluden. Por eso el artista, una vez que llega al límite, considera una rémora seguir sirviéndose de las obras de arte que en las etapas anteriores le eran útiles como medios para avanzar en su proceso de interiorización. Ahora la tarea, como descubre Oteiza, es otra; la tarea es realizar la experiencia del Ser desde la propia vida.

El escultor viaja en su estatua hasta donde el viaje de la estatua y del arte concluyen. Luego falta menos y es algo más difícil el camino: pero es preciso proseguirlo a pie. Hoy la tarea, en este trayecto, no es estética sino vital¹³.

La función mediadora del arte se realiza en el ámbito de la realidad espacio-temporal, y parte de la consideración limitada del propio yo como sujeto mundano, es decir, como individuo o ego identificado con su cuerpo-mente y, por tanto, desde una identidad escindida del yo respecto al resto del mundo que se considera como no-yo. El arte de tradición clásica y el arte moderno son los pasos previos que a lo largo de la historia se realizan para acceder al arte último, al arte soberano que no depende del espacio ni del tiempo, porque es un arte del no dual y siempre renovado aquí-ahora, que surge cuando el artista va más allá del ego y se llega a una verdad mayor.

Considerando este arte soberano como meta es posible comprender la evolución del arte al modo de Hegel, es decir, como la historia de la aproximación progresiva a la cognición o sabiduría. En cambio, si no se contempla el último desplazamiento de la conciencia que nos abre a una nueva comprensión del arte, del ser humano y de la realidad, nos quedamos con la frustración de constatar, por un lado, el evidente fracaso de las vanguardias en su pretensión de subvertir el arte para reconectarlo

11. SONTANG, Susan. *Estilos radicales*, 1ª ed., Madrid: Punto de lectura, 2002; p. 17.

12. La noción de la muerte del arte, formulada por Hegel a mediados del siglo XIX, fue retomada por filósofos y críticos de arte como Arthur Danto (*Después del fin del arte*, Barcelona, Paidós, 1999), Gianni Vattimo (*El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1995) y Félix de Azúa (*Diccionario de las artes*, Barcelona, Planeta, 2002), entre otros.

13. OTEIZA, Jorge. *Quousque tandem...!*, 4ª ed., San Sebastián: Hordago, 1983; Índice epilogoal: Prehistoria vocabulario.

con la vida y, por otro, el sinsentido y la banalidad de un modo de arte –el arte contemporáneo o posmoderno–, que, sin buscar ya lo esencial, no puede evitar su sometimiento al sistema del arte y al mercado.

El objetivo que mantuvieron las vanguardias al propugnar la superación del arte autónomo con el fin de integrarse en la vida práctica era imposible de alcanzar desde los presupuestos subjetivos en los cuales se sustentaban. La proclama vanguardista de la superación de la dicotomía sujeto-objeto –que supone deshacer la separación existente entre arte y vida, y entre artista y espectador, haciendo que todo sea arte y todos seamos artistas–, solamente puede ser cumplida desde un estadio superior de conciencia, desde una conciencia expandida más allá del nivel subjetivo. La síntesis entre el arte y la vida, que se trató de resolver desde el nivel mental de la conciencia, sólo puede abordarse desde el nivel central de la conciencia. El modo soberano que reconoce como arte a la siempre renovada vida, sólo es posible cuando el artista pasa del vacío simbolizado por las obras de arte en grado cero, a la experiencia del vacío primordial del Ser. Esta nueva tarea del artista consiste en recuperar y reconocer como propio el vacío antes proyectado en las obras de arte.

El artista, al hacer cada vez más consciente lo que antes estaba inconsciente u oculto, al integrarse cada vez más profundamente en lo Abierto, que es el testigo de todos los fenómenos, va transformándose, llevando su ego hacia el grado cero, disolviendo su identidad como cuerpo-mente separado. La disolución afecta, por tanto, no solamente al objeto artístico, sino también a su autor. Es en el Ser ilimitado cuando el artista deja de ser un sujeto separado que contempla un objeto, porque esa apertura –señala Ken Wilber– “está libre de esa violencia divisora llamada sujeto y objeto, aquí versus ahí y yo contra el mundo”¹⁴.

La función mediadora del arte debe concluir, por tanto, para que el artista concluya también como individuo y pueda así acceder a la conciencia pura del Ser. El proceso desrealizador debe acabar con el arte, con los objetos de arte, para que, posteriormente, acabe también con el artista como sujeto individual y separado; ya que el Ser esencial, la Nada que es Todo –como dice Oteiza–, o la vacuidad primordial, sólo se revela por vía negativa.

Atravesar el límite del grado cero del arte –que es límite de la propia modernidad y límite también del objeto-arte como medio para alcanzar el Ser–, para experimentar lo que está más allá de la mente y sus dualismos, supone pasar de lo conocido a lo desconocido, del ego o individuo a lo impersonal y universal, de las dimensiones espacio-temporales a lo que trasciende el tiempo y el espacio, del paradigma cartesiano basado en la relación sujeto-objeto al paradigma holista que contempla al ser humano y a la realidad en su totalidad.

El impedimento que tenemos para atravesar el límite es interno, es mental, está en la rigidez de nuestra forma de ver y de nuestros conceptos; la dificultad, como expone Chantal Maillard, es “la poca maleabilidad de los límites con que definimos nuestros territorios, es decir, límites de lo conocido, de lo aprendido”¹⁵. Habitados

14. WILBER, Ken. *El ojo del Espíritu. Una visión integral para un mundo que está enloqueciendo poco a poco*, 1ª ed., Barcelona: Kairós, 1998; 292 p.

15. MAILLARD, Chantal. *Contra el arte y otras imposturas*, 1ª ed., Valencia: Pre-textos, 2009; 229 p.

a manejarnos dentro de nuestros propios límites, rehuimos de todo aquello que pueda ponerlos en cuestión; por este motivo no vemos nada distinto de lo que estamos acostumbrados a ver, y esto nos impide tener acceso a aquello que nos otorga verdadera identidad ya que experimentar la Nada supone expandir la conciencia y ser lo que en verdad somos, alcanzar el autoconocimiento. Tomar conciencia experimental de la vacuidad primordial del Ser representa la unión radical del ser humano con su fuente, una experiencia que, como manifiesta Raimundo Panikkar, es

[...] no sólo posible, sino también necesaria para que todo ser humano llegue a la conciencia de su propia identidad. El ser humano llega a ser plenamente humano cuando hace la experiencia de su último 'fundamento', de lo que realmente es¹⁶.

El sujeto descubre su verdadera identidad y se realiza en plenitud cuando trasciende todas las falsas identificaciones que le daban estabilidad hasta ese momento, es decir, cuando supera todos los apegos o identificaciones en relación con los fenómenos de conciencia exteriores e interiores. Asumir de un modo consciente la dimensión transpersonal, reconocerse en el Ser y ampliar de este modo los propios límites, significa ser completo, íntegro.

Un proyecto educativo que asuma la dimensión fundamental del ser humano, más que ratificar lo que existe, abre caminos, ya que tener en cuenta lo que hemos descuidado hasta ahora transforma de manera radical nuestra manera de ver y, por tanto, también nuestra manera de relacionarnos con nosotros mismos, con los demás y con el entorno.

La educación, como potencial para la evolución social, debe sustentarse en el reconocimiento de la verdadera naturaleza del ser humano y comprender que ese reconocimiento tiene un valor político, utilizado el término 'político' en el gran sentido de la palabra, que alude al bien público. El tratamiento de la identidad, del 'yo', es lo que se debe abordar en primera instancia puesto que, como afirma Isabel Escudero,

Esa es la cuestión política por excelencia. Sobre ese núcleo básico se van a fundamentar todas las otras cuestiones políticas, incluida la Política de los Políticos que hacen la Política que hacen los Políticos... El que no quiera entender esto, y lo intente relegar a una supuesta condición 'privada', se está engañando y de paso engañando al prójimo¹⁷.

El sistema educativo no es políticamente neutral, sino que está directamente relacionado con la construcción y control de los discursos, significados y subjetividades. Su función principal siempre ha sido reproducir la ideología dominante, una determinada visión del mundo a partir del cual se configura la vida social, estableciendo supuestos, valores y creencias. Pero las crisis que nos rodean no pueden solucionarse desde los valores y actitudes que se han conformado en base a una concepción reduccionista del mundo –la concepción cartesiana y fragmentaria de la modernidad– que no contempla la totalidad de la conciencia, sino solamente lo manifestado, es decir, los fenómenos de conciencia.

16. PANIKKAR, Raimundo. *Iconos del misterio. La experiencia de Dios*, 1ª ed., Barcelona: Península, 1988; 51 p.

17. ESCUDERO, Isabel. "Políticas de "yo"". En: Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura, n.º 60, 2004. Barcelona: Anaquel; pp.115-119.

En una situación tan crítica la educación no puede soslayar el poder de transformación y de corrección a todos los niveles que tiene el reconocimiento, en nosotros y en la realidad, de lo que habíamos descuidado, es decir, el Ser que da identidad y también comunidad, porque cuando el ser humano se descubre a sí mismo, descubre también lo que es común, lo universal, que opera, en palabras de Kitaro Nishida, como “la oculta fuerza que funciona detrás de la actualización de lo individual”¹⁸.

Cuando falta este vínculo común se abre la posibilidad de que el ser humano sea utilizado en sus relaciones, reducido a la condición de objeto cuantificable y manipulable. Sin embargo, la comunicación desde el Ser es lo que permite formar una auténtica comunidad de seres humanos, una comunidad en la que el otro es considerado como sujeto último y no como objeto.

Un proyecto educativo que contempla como fundamento el Ser universal que subyace a todos, propone una formación integral que está orientada al reconocimiento de cada ser humano como un fin en sí mismo, lo que evita su cosificación e instrumentalización; y también a la valoración de lo diferente y lo diverso como testimonio de la infinita variedad y riqueza de la manifestación que procede del Ser, lo que lleva a la disolución de las barreras entre los seres humanos.

Las crisis actuales, al ser producto y reflejo del estadio de evolución de la conciencia de la humanidad, sólo pueden solucionarse avanzando hacia una conciencia global, una conciencia que integre, por tanto, al Ser y, consecuentemente, transforme de modo substancial nuestra forma de percibir, pensar y valorar, que es lo que posibilitará que las relaciones que establezcamos con los demás y con el entorno sean respetuosas y armoniosas. La toma de conciencia del principio unificador del universo hace que el ser humano se re-una con todos los seres humanos y con la naturaleza.

Tener en cuenta lo que en la modernidad estaba oculto, el Ser esencial origen de todo lo manifestado, significa una transformación radical que nos permite acceder a un nuevo paradigma que cambia en gran medida nuestra apreciación y conceptualización de la realidad. Si el paradigma cartesiano, que se encarna en la razón instrumental, está basado en el predominio de una visión fragmentaria y dualista, cuyos polos –sujeto/objeto, hombre/naturaleza– son interpretados como opuestos; el nuevo paradigma, en cambio, se sustenta en la superación de los dualismos y la conciliación de los opuestos, lo que implica una comprensión del mundo como totalidad en el que todo está en cada parte y todo está interconectado; donde cada elemento se define no sólo por sí mismo, sino también por sus relaciones con los demás.

A esta lógica integral y sistémica, inherente al orden de lo vivo, se ha llegado no sólo desde el arte y desde las grandes tradiciones de sabiduría de todos los tiempos, sino también desde la psicología transpersonal, la física cuántica, la genética, la teoría del orden implicado, la teoría del caos y la teoría general de sistemas. Las ideas y sensibilidades coincidentes que proceden de diversos ámbitos y disciplinas confluyen en el nuevo paradigma holista que está emergiendo y que posibilita hacer

18. NISHIDA, Kitaro. *Indagación del bien*, 1ª ed., Barcelona: Gedisa, 1995; 57 p.

frente desde una perspectiva alternativa e innovadora a los problemas que nos acucian en el presente.

La renovación que necesitamos en el ámbito educativo exige contemplar al ser humano en su integridad, esto es, sin descuidar su dimensión transpersonal. La educación debe legitimar la dimensión espiritual de la existencia puesto que, como declara Claudio Naranjo, “sólo dotando a los jóvenes de la posibilidad de convertirse en seres humanos completos podemos esperar un mundo mejor, un mundo más digno”¹⁹.

La superación del individualismo desde lo universal hace que no haya nada extraño y ajeno a uno mismo, por eso la toma de conciencia de la verdadera identidad en lo impersonal, la experiencia del sujeto último o yo trascendental, hace posible no sólo la contemplación de la totalidad de la vida como arte, sino también una transformación profunda de nuestros valores y principios éticos fundamentales. En el encuentro del sujeto consigo mismo se determina una estética de la existencia y, también, una orientación ética, que es ajena al conjunto de leyes preestablecidas por la moral en el pensamiento moderno. El descubrimiento de la verdadera identidad más allá del ego, nos hace ver que esa es también la identidad de los otros con los que compartimos y convivimos en el espacio público. De este modo, al darnos cuenta de que el otro y yo somos uno en el Ser, quedan determinados unos principios éticos que proceden del propio ser humano y no de principios que son ordenados desde fuera.

El descubrimiento del Ser común conlleva una actitud ética de respeto y amor hacia la totalidad de los fenómenos que componen el mundo. En cambio, cuando se ignora lo que nos vincula a todos se remarcan las diferencias, las delimitaciones que separan y provocan el conflicto. De cara a una estrategia global de paz y armonía entre los seres humanos urge, por tanto, potenciar a través de la educación la valoración social de lo que nos une en detrimento de los apegos que nos separan y enfrentan. Sólo desde lo común podemos amar la diversidad.

La ética intrínseca se origina en esa nueva mirada que reconoce, más allá de los cuerpos y de las mentes, la esencia común a todos, la infinitud inmutable del Ser. Es una ética que al buscar en el otro, en el diferente, aquello que nos une, conduce a una convivencia en paz, porque, como afirma Suzuki,

Los miembros individuales fragmentarios no pueden laborar armónica y pacíficamente juntos a no ser que estén en relación con el infinito mismo que, en realidad, subyace a cada uno de los miembros finitos²⁰.

Restablecer el equilibrio ético entre el sujeto y los otros representa un paso fundamental en la evolución humana que abre la esperanza de hacer el mundo más habitable. Pero esta no es una tarea a la que han sido llamados unos pocos elegidos, puesto que la esperanza, como proclama Pajón, está en que la humanidad en su conjunto se involucre en esa misión.

19. NARANJO, Claudio. *Cambiar la educación para cambiar el mundo*, 1ª ed., Vitoria-Gasteiz: La Llave D.H., 2004; 154 p.

20. SUZUKI, Daisetz Teltaro-FROMM, Erich. *Budismo zen y psicoanálisis*, 6ª reimpresión, Madrid: Fondo de Cultura Económica España, 1981; 14 p.

La actitud ética sólo puede ser adoptada, en efecto, por cada uno; pero el aire de esperanza que se respira, como un sueño de la humanidad, no descansa sobre individualidades que puedan salvarse de entre un colectivo de irrecuperables para el bien. La ilusión que flota en el ambiente es la de una humanidad mejor²¹.

Un proyecto educativo que, en vez de reproducir y conservar la estructura de ideas y patrones culturales que son dominantes en la sociedad, toma en cuenta lo más fundamental, la sagrada vacuidad que nos constituye y nos completa, permite transformar la visión del mundo y desarrollar una auténtica formación en valores. Esta es la función que le corresponde a la educación en el actual contexto posmoderno, una educación que, más allá de la visión utilitarista y mercantilista, se debe de orientar hacia la formación integral de los seres humanos. Sólo un cambio educativo de esta naturaleza, un cambio que supone el descubrimiento de una nueva sensibilidad estética y ética ante la vida, puede transformar la situación crítica en la que se encuentra nuestra civilización y orientarla hacia un futuro mejor.

21 PAJÓN, Enrique. *Ser y pensar*, 1ª ed., Madrid: Fundamentos, 1995; 198 p.